

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

DIRECTOR HONORARIO:
RAUL MONTERO BUSTAMANTE

TOMO XXXV
Año IX - Nos. 103 a 105

MONTEVIDEO — URUGUAY

1947

INDICE DEL TOMO XXXV

Año IX — N° 103

	Pág.
JOSE IRURETA GOYENA. — Páginas: I El viento desde mi ventana. — II El Dr. D. Pablo De María. — III La ciudad y la campaña	5
JULIO GARET MAS. — La flor con alas	23
EDUARDO VICTOR HAEDO. — Rodó, escritor y ciudadano	31
VICTOR PEREZ PETIT. — Un desalojo	47
HUGO ESTRAZULAS. — La lucha de las ideologías políticas en el período comprendido entre las dos guerras mundiales, 1914-1945.	55
EDUARDO DE SALTERAIN Y HERRERA. — Roosevelt	92
JOSE G. ANTUNA. — Estatutos americano y universal del derecho de autor BUENAVENTURA CAVIGLIA (hijo). — La cantramilla en las traducciones de Martín Fierro	99
GASTON FIGUEIRA. — Sobre Arte	123
RAUL MONTERO BUSTAMANTE. — El Obispo de la Revolución	129
	136

PAGINAS OLVIDADAS

SANTIAGO VAZQUEZ. — La amovilidad de los ministros de Estado ...	142
--	-----

SECCIONES PERMANENTES

REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — El Presidente de la República se dirige a los habitantes del país	146
REVISTA LITERARIA. — La Academia Nacional de Letras honra la memoria de los Dres. Pérez Petit e Irureta Goyena	151
REVISTA HISTORICA. — Tres cartas del general Rivera: El fusilamiento del gobernador Dorrego. — La caída de Rosas desde el destierro. — El regreso a la patria	155
BIBLIOGRAFIA. — «Consecuencias de Caseros», por Julio César Vignale; «El canto irremediable», por Dora Isella Russell	159

Año IX - N° 104

	Págs.
EL DUELO DE LA NACION. FALLECIMIENTO DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA Sr. D. TOMAS BERRETA	161
EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA Sr. D. LUIS BATLLE BERRES ..	164
CARLOS VAZ FERREIRA. — Sobre diversos puntos pedagógicos, sociales, artísticos, etc.	166
MANUEL DE CASTRO. — Consagración de Hernandarias	176
RODO EN EL BRONCE Y EN LA PIEDRA. — Discursos del Intendente Municipal de Montevideo D. Andrés Martínez Trueba y del Senador D. Eduardo Víctor Haedo en la inauguración del monumento	181
RAUL MONTERO BUSTAMANTE. — Comentarios sobre Rodó	190
MIGUEL VICTOR MARTINEZ. — Los fantasmas de Santa Teresa	211
VICENTE A. SALAVERRI. — Bajo el signo de Sócrates. Pequeños motivos y motivos más pequeños	231
A. ROSELL. — Un melotaquigrama de Dalmiro Costa	244
AUGUSTO I. SCHULKIN. — Manuela Marote de Raña	265

PAGINAS OLVIDADAS

WASHINGTON P. BERMUDEZ. — Los oradores de 1873. El Doctor Don Pedro Bustamante	288
--	-----

SECCIONES PERMANENTES

SECCION SOCIAL Y POLITICA. — Entrevista del Presidente de la República D. Tomás Berreta con el Presidente del Brasil general Eurico Gaspar Dutra. Homenaje de la República a la Nación Argentina	298
REVISTA LITERARIA. — Los premios literarios correspondientes al año 1945. - Cincuentenario de la primera edición de «La vida nueva» de Rodó. - Rodó en el Ateneo. - La edición príncipe de «Tabaré». - El teatro nacional y la sátira	302
REVISTA ARTISTICA. — El X Salón Nacional de Dibujo y Grabado. - Alfonso Brocqua fué recordado en París. - El XXV aniversario del estreno de «Campo» de Eduardo Fabini. - Para la historia del arte nacional. Una artista olvidada	308
BIBLIOGRAFIA. — «El libro de Mara», por Ada Negri. Traducción y prólogo de Ema Santandreu Morales; «Palabras de San Francisco de Asís» reunidas por Román Viñoly Barreto; «Antología poética de Cecilia Meireles», selección y traducción de Gastón Figueira; «Ramón y Cajal», por Pío del Río Hortega y Clemente Estable	319

AÑO IX - Nº 105

LUIS BATLLE BERRES. — La palabra del Presidente de la República ...	321
ERNESTO PINTO. — Poemas: I Transfiguraciones en el mar. — II El salto .	335
EMILIO OSVALDO BONINO. — Reflexiones sobre la Democracia	337
FERNAN SILVA VALDES. — Etica y estética del folklore	350
MANUEL BENAVENTE. — Los versos de Cervantes	354
ALBERTO RUSCONI. — Cervantes, maestro del idioma	369
EMMA SANTANDREU MORALES. — José Henriques Figueira <i>In memoriam</i>	388
MARIO FALCAO ESPALTER. — El poeta oriental Bartolomé Hidalgo	396

PAGINAS CLASICAS

BARTOLOME HIDALGO. — Antología: Marcha Oriental. - Sentimientos de un patriota, Unipersonal. - Himno Oriental. - Diálogo patriótico. - Cielito Oriental. - Un gaucho de la guardia del Monte. - Relación	424
---	-----

SECCIONES PERMANENTES

REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — La Conferencia Interamericana de Rio Janeiro. La posición del Uruguay. - Negociación de un tratado Uruguayo-argentino de arbitraje	459
REVISTA LITERARIA. — Conceptos de gobierno sobre la cultura. - Un ejemplo digno de ser imitado. - La Academia Nacional de Letras y el IV centenario del nacimiento de Cervantes.	465
REVISTA ANECDOTICA. — Los discursos del doctor Velazco. - Los fueros parlamentarios. - Insignia de honor	469
BIBLIOGRAFIA. — «Yo sufrí con ellos», por Rodolfo Almeida Pintos; «Tiempo y palabra», por Alejandro C. Arias; «Sofanor Mairena», por Dardo E. Clare; «La reforma constitucional de 1942. Proceso de la reforma»; «Boletín de la Academia Nacional de Letras»; «La carrera literaria», por Arturo Capdevila; «Poesías completas de José Mármol», tomo I	471
INDICE DEL TOMO XXXV	477

EL OBISPO DE LA REVOLUCION

El Ilmo, señor doctor don Benito de Lué y Riega, último obispo de Buenos Aires en la época colonial, como todos o casi todos los personajes del antiguo régimen ha sido mirado con poco interés por los historiadores de la Revolución. Se le recuerda apenas, a través de las Memorias de don Cornelio de Saavedra, atravesando la plaza de Buenos Aires con sus vestiduras episcopales, en medio de la sedición del 1º de enero de 1809, para llegar a la fortaleza ocupada por Liniers y los patricios, y hacer paz entre el virrey y los alzaguietas del Cabildo. Y se le recuerda, sobre todo, por su actitud en el Cabildo abierto del 22 de mayo de 1810, cuando, frente a la hostilidad de los patriotas, exclamó duramente que, «mientras existiese en España un pedazo de tierra mandado por españoles, ese pedazo de tierra debía mandar a las Américas; y que mientras existiese un solo español en las Américas, ese español debía mandar a los americanos». Estas palabras han sido causa, generalmente, de que se mire con poca simpatía al prelado realista, cuando debieran haber servido para atraer la atención sobre este recio carácter revelado, sobre todo, cuando, al advertir que Castelli y Passo se preparaban a contestar a su severa admonición, el obispo los detuvo con gesto autoritario y les dijo: «A mí no me ha llamado a este lugar para sostener disputas, sino para que diga y manifieste libremente mis opiniones, y así lo he hecho».

Este prelado fué una figura original, llena de rasgos personales. Careció, sin duda, del ingenio, el vasto saber y el don de simpatía de su antecesor, el obispo Azamor y Ramírez. Fué éste, además de teólogo profundo y maestro en ambos derechos, un verdadero humanista, erudito en letras clásicas y modernas, y dotado de notables aptitudes literarias que le permitieron manejar con destreza y elegancia el latín y el castellano, y dieron a su elocuencia y a su conversación privada personal encanto. El carácter del obispo Lué fué bien distinto; desdeñó las letras profanas y prefirió ser buen teólogo y mejor canonista. Halló en estas disciplinas elementos que satisfacían a su carácter férreo y a su mentalidad dominada por ideas simples, pero incommovibles, respecto a la autoridad eclesiástica y a la autoridad real. La defensa de la Iglesia y del Imperio fué su divisa, y la imposición de la disciplina eclesiástica su constante preocupación. Por ello rompió lanzas contra canónigos y prebendados; contra usurpadores y revolucionarios. Hubo en este obispo verdadera de gran inquisidor y, a haberse agitado en época y medio más

propicios al predominio de sus ideas y carácter, habría llenado la crónica del gobierno de su diócesis con páginas tan movidas y pintorescas como las que recuerdan las aventuras del obispo Cárdenas en el Paraguay.

En 1810 los tiempos no estaban para excomuniones en masa, entredichos, ni sediciones místico-indígenas, que de haberlo estado, el obispo Lué habría hecho arder entonces todo el virreinato. Aunque sin estarlo, a haber habido en el gobierno de Buenos Aires, en lugar del tímido Cisneros, un hombre de temple, —Elío, por ejemplo—, los dos rígidos servidores del trono y del altar habrían pues- to en jaque a los rebeldes de Mayo. Ya que no Elío, Alzaga pudo ser su hombre, y a haberse convenido el duro asturiano y el intrépido vizcaíno, Buenos Aires habría emulado a Montevideo en la defensa de los derechos del rey.



En la «Cronología para servir a la historia eclesiástica de esta parte de América de los S. S. obispos del Alto Perú, Paraguay y Río de la Plata, según los manuscritos del canónigo doctor Bartolomé Muñoz, capellán castrense de los ejércitos de la patria al mando del general don José Rondeau, publicados y anotados por don Julio Migoya García», se hallan informes bastante precisos sobre la biografía de este prelado que gobernó la iglesia de Buenos Aires de 1803 a 1812, esto es, en el período que comprende la preparación y estallido de la Revolución de Mayo. La investigación posterior en los archivos del Río de la Plata ha proporcionado nuevos e interesantes elementos para la reconstrucción de la vida y obra de este príncipe de la Iglesia.

Nació don Benito el 17 de marzo de 1753, en Lastres, principado de Asturias, y fueron sus padres don José Lué y doña Josefa Riega, cristianos viejos, gente sencilla pero hidalga y de solar conocido. Su talento y sus letras le conquistaron, muy joven, un sitio en el coro de la catedral de Lugo, de cuyo capítulo fué deán. El 28 de abril de 1802, y en esto se ha visto la mano de Godoy, fué promovido a la silla episcopal de Buenos Aires, vacante desde el fallecimiento del ilustre obispo Azamor y Ramírez, de santa y feliz memoria. Se puso en viaje para su lejana diócesis, y después de detenerse algunos días en Montevideo, llegó a su iglesia el 22 de abril de 1803, y, ese mismo día, por la mañana, tomó posesión del obispado. Pocos días después se dirigió a Córdoba, en donde, el 6 de junio, fué consagrado por el obispo Moscoso. Restituído a su diócesis, procedió a consagrar la iglesia catedral de Buenos Aires, que su antecesor, el obispo Azamor, había solamente bendecido, e inició en seguida

la visita pastoral de su dilatada diócesis, en la que empleó todo el año 1804.

El año 1808 repitió su visita pastoral y esta vez se detuvo más de lo acostumbrado en la ciudad de Montevideo y pueblos de la gobernación.

Esta visita está llena de pintorescos episodios que confirman la originalidad del carácter del obispo y revelan que, a través de la investidura episcopal, solía asomar a menudo el asturiano recio y socarrón que en él había. La presencia del prelado inquietó a autoridades y súbditos. En todas partes obligó a los curas y feligreses que le sirvieran y le costearan viajes, vehículos, cabalgaduras y escoltas para él y todo su séquito. Viajó en forma desusada, cubriendo rápidamente largas distancias, con perjuicio de postas y postillones.

Aquel viaje del señor obispo trajo revueltas a las autoridades civiles. El síndico procurador de la ciudad de Montevideo, don Bernardo Suárez se creyó en el caso de elevar a la ilustre Junta de gobierno de la misma ciudad, el 7 de febrero de 1809, una representación en la que hizo extensamente la historia de los agravios inferidos por el prelado a su grey de la Banda Oriental. Esta representación es verdaderamente sabrosa, y cuando se la lee, se cree, a veces, recorrer un capítulo del «Quijote». Hay, sin embargo, que tomarla con beneficio de inventario, pues ella fué presentada por uno de sus miembros a la famosa junta de gobierno de 1808, que había sido abominada por el obispo.

«Se sabe, dice el síndico procurador refiriéndose a la visita pastoral del obispo, que antes de salir de su capital despidió toda la familia de su casa que no se acomodó a seguirle en el viaje, porque la consideró inútil y muy gravosa a su renta. Yo nunca censuraré esta economía, principalmente en un año de tanta escasez, porque al fin, cada uno es dueño de hacer de su capa un sayo y arreglar su casa según le acomode. Pero, si el señor obispo tuvo tanto miramiento para los gastos que podía ocasionarle la corta familia que dejase en su capital, ¿cómo no lo tuvo a favor de los curas y feligreses cuando les hacía mantener la larga familia que llevaba? ¿Cómo no les ponía tasa y moderaba los gastos excesivos? ¿Por qué exigía que lo recibiesen y tratasen con esplendidez?» Iba así, según el síndico, su señoría ilustrísima, «proveyéndose de capilla en capilla, no sólo de lo necesario para su alimento y regalo, sino también de las muchas cabalgaduras que demandaban sus marchas violentas, y de los mozos que las conducían, ahorrando enteramente su renta que no baja un año con otro de veinticinco mil pesos, la cual sale del sudor de aquellos mismos a quienes venía a visitar, no para consolarlos sino para llenarlos de amargura y desconsuelo, sujetándolos a una

nueva contribución». «Es de advertir, agrega en otra parte, que en aquel viaje dejaron muertos o cansados siete caballos de los cincuenta y tantos que sacaron de la capilla, lo que para el señor obispo era muy indiferente porque no eran suyos ni le costaban un maravedí».

«Pero no hay que extrañar, agrega, que el señor obispo mirase con indiferencia tan grande a los brutos, cuando trataba con igual indiferencia, o por mejor decir, con igual dureza a los hombres». Y en apoyo de esta afirmación, refiere el siguiente divertido episodio digno por cierto de figurar en una novela picaresca: «El mismo día que salió de la capilla, cuando ya sentado en su coche y todos prontos para partir, dijo la gente que lo conducía:

—«Señor, el tiempo va a llover»; replicó:

—«No importa, caminemos».

Y dirigiéndose al padre Perdriel, religioso dominicano que le acompañaba en el coche, le dijo:

—«Fray Julián, a bien que nosotros no nos mojamos».

Estas palabras, tan impropias de las entrañas paternas de un obispo, dice el síndico, se las pusieron tan malas a los que a pesar suyo le acompañaban, que adonde quiera que llegaban las referían echando pestes contra el prelado.

Cuando el obispo llegó a Montevideo, después de la recepción solemne en el templo, se organizó un besamano en la casa que le había sido preparada para alojamiento. El prelado, revestido con sus insignias, tomó asiento en el trono con dosel y allí recibió a las corporaciones que pasaron a presentarle sus saludos.

Primero entraron los jefes y oficiales de la guarnición con el mariscal de campo, Texada, a la cabeza. El obispo los mantuvo de pie y los despidió con poca cortesía. Al clero lo recibió bruscamente con estas palabras:

—«Supongo que vuestras señorías están todos prontos para el examen», y los despidió en seguida.

Le fué anunciado luego que el Cabildo en cuerpo se hallaba en el patio y deseaba presentarle sus homenajes, y el obispo, dirigiéndose a su familiar, le preguntó con sorna:

—«¿Sabe V. R. si el Cabildo viene en abstracto o en concreto?».

Con todo ello, el obispo se dió a la obra de su apostolado y comenzó a confirmar desde el día siguiente de su llegada. Pocos días después consagró solemnemente la iglesia matriz e inició en ella sus predicaciones. Uno de sus sermones dió motivo a un chistoso incidente. Decía el señor obispo que en la iglesia debían estar los hombres separados de las mujeres, y para apoyar su tesis citó este sanchesco refrán: «Entre santa y santo murallas de cal y canto». Al oír esto, una mujer del pueblo que se hallaba cerca de Su señoría ilustrísima, replicó prontamente en voz alta: «Y en-

tre el obispo y las mujeres, murallas de alfileres», lo que produjo gran escándalo en el concurso.

Estos y muchos otros episodios e incidentes narra el síndico procurador, Suárez, quien, luego de decir que el obispo «en todas partes dejó mucho que hablar y maldecir», agrega que «cuando partió de Montevideo sus habitantes y hasta las matronas más devotas, dieron gracias a Dios de que el prelado se hubiese ausentado».

La representación del síndico concluye proponiendo a la ilustre Junta de gobierno que pida a su majestad que se prohíba en lo sucesivo a los obispos hacer las visitas pastorales a costa de los curas y pueblos; que se remueva del obispado al señor Lué, que se segregue la Banda Oriental de la diócesis de Buenos Aires y se erija en Montevideo una nueva silla episcopal.



Los juicios vertidos por el síndico de Montevideo acerca del obispo de Buenos Aires, que en mucha parte son fruto de la pasión política y de la animadversión que la Junta de gobierno de 1808 sentía por el prelado que la había desconocido y repudiado, están contradecidos por muchos testimonios de valer. El virrey Liniers, en una comunicación dirigida el 21 de enero de 1809 al secretario de Estado y del despacho universal de Gracia y Justicia, don Benito Ramón de Hermida, que en testimonio se conserva en el archivo de la curia de Buenos Aires, hizo la calurosa apología del prelado, a quien proclamó como «uno de los obispos más edificantes y más patriotas de la América», y agregó «que ninguno de los vasallos del rey es más acreedor por su desempeño, celo y patriotismo a la real gracia». En este documento, Liniers pide como premio a las virtudes, talentos y servicios del obispo que se erija, como ya lo había pedido el virrey Sobremonte, la silla de Buenos Aires en arzobispado, declarándose por sus sufragáneas las diócesis de Córdoba, Salta y Paraguay, y que el primer arzobispo de Buenos Aires sea condecorado con la Gran Cruz de Carlos III.

Contiene este documento datos muy interesantes sobre los servicios prestados por el obispo Lué en el orden religioso y político; testimonia su celo y delicadeza en hacer observar la regla de los concilios y disciplina eclesiástica y previene que ello le ha atraído la enemistad de algunos de los canónigos del Capítulo y miembros del clero regular y secular. Recuerda la energía y tacto que reveló cuando las invasiones inglesas, y cómo se captó el respeto de los usurpadores, poniendo a cubierto su iglesia de la profanación del enemigo; igualmente recuerda los donativos que hizo después de la Re-

conquista para preparar la defensa de Buenos Aires. En esa ocasión exaltó el patriotismo del pueblo, animándolo a la defensa por medio de las exhortaciones; personalmente bendijo las banderas de los tercios, concurrió a la revista general de tropas que hizo el virrey, y celebró una misa campal al frente del ejército. Se refiere luego Liniers a la participación del obispo en los sucesos del 1º de enero de 1809, rectificando con ello la versión de que el prelado apoyó el movimiento de Alzaga y sus parciales. Dice el virrey que ese día el obispo «expuso su vida y su decoro con total abandono de su persona, mezclándose entre los conspiradores, de los que uno tuvo la sacrilega osadía de amenazarle con acción de pegarle un golpe». Este juicio de Liniers está abonado también por el del brigadier Molina y por otros testimonios semejantes que proceden de representantes de los dos bandos en lucha.



La Revolución fué para el obispo Lué una catástrofe inexplicable. Ni su mentalidad, ni su concepto de la autoridad real, ni su fidelidad al rey, ni su absolutismo integral pudieron alcanzar jamás el significado esencial de aquella destrucción del orden histórico, de aquella alteración sacrilega de valores que sumió al recio asturiano en tremendo estupor que luego se convirtió en mortal congoja.

Sin embargo, más feliz que el virrey Cisneros y los oidores de la Real Audiencia; más feliz que otros prelados españoles de América, arrojados todos ellos al destierro, el obispo de Buenos Aires pudo permanecer en medio del turbión revolucionario, que no cesaba de girar frente a su palacio, en donde vivió confinado, dos años, y donde murió, en 1812, sin comprender el espectáculo extraordinario que se desarrollaba más allá de los muros de su mansión.

El 21 de marzo de 1812 asistió a un «convite» que le fué ofrecido por algunos amigos fieles, con el pretexto de celebrar el día de su patrono. Al retirarse a sus habitaciones se sintió enfermo y se recogió en seguida. Cuando al otro día fueron a despertarle, le hallaron muerto en el lecho. El cadáver fué revestido con los ornamentos episcopales y expuesto a la veneración del pueblo en la iglesia catedral, donde se celebraron suntuosos funerales antes de inhumar el cuerpo en el panteón de los obispos.

Don Benito Lué y Riega fué el último prelado español que gobernó la diócesis de Buenos Aires. La silla episcopal permaneció vacante muchos años, hasta que en 1832, Su santidad Gregorio XVI designó al doctor don Mariano Medrano y Cabrera para suceder en el gobierno de la iglesia argentina al ilustre obispo asturiano.